



RDL

REDE BRASILEIRA
DIREITO E LITERATURA

ACERCA DEL CONCEPTO DE *POSVERDAD*

CARLOS MARÍA CÁRCOVA¹

RESUMEN: Acerca de la *posverdad*, el autor sostiene que periodistas y políticos se refieren a este concepto de manera equivocada. La fuente del error es maliciosamente intencional en algunos escritos ilustrados de época. Emitidos por voceros oficiosos u oficiales del neoliberalismo en el poder. También se debe a la ingenua premisa instalada como sentido común desde hace siglos por el positivismo, de que hay una sólo verdad y que ella responde a derivaciones lógicas. En el texto se explica que la única fuente de la verdad en una sociedad moderna y democrática es la ciencia. Pero esta, todavía tiene mucho que explicar sobre la verdad. Sobre todo a partir del giro lingüístico y el paulatino pero muy firme desarrollo de la interpretación como método para la verdad, con el valiosísimo aporte de fuentes semióticas, en el sentido del 2.º Wittgenstein, Saussure, Peirce, Bajtin, Eco, Barthes y muchos más.

PALABRAS CLAVE: verdad; objetivismo/subjetivismo; crisis del representacionalismo; sentido.

INTRODUCCIÓN

En los últimos tiempos se emplea con frecuencia el concepto de *posverdad*; el sentido que se le atribuye a la expresión no es unívoco. En algunos casos resulta francamente despectivo y en otros decididamente confuso. Es así que suele afirmarse que se trata de verdades lábiles que el sujeto mezcla con ensoñaciones y fantasías.

Claro está, que así se descalifica el contenido de la expresión. En mi opinión estamos discutiendo de nuevo cuestiones clásicas que cambiaron de envase, pero no de contenido. ¿Qué es la verdad? ¿Los criterios de verdad son los mismos, cualquiera sea la naturaleza del objeto investigado? ¿La

¹ Doctor en Derecho por la Universidad de Buenos Aires (UBA). Profesor Titular Emérito de la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires. Director del Instituto de Investigaciones Jurídicas “Ambrosio L. Gioja” de la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, Argentina. ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-5906-5875>. E-mail: cmarcova@derecho.uba.ar.

verdad, la realidad, el mundo pueden explicarse o mostrarse sin la participación de quien observa? ¿La observación en términos fácticos, obtiene visiones parciales del objeto que luego deben sintetizarse mediante actos de conciencia, mediante una abstracción conceptual? ¿Son las formas analíticas y las hermenéuticas antitéticas o complementarias, como pretende J. Habermas?

Si el problema fuera sólo de naturaleza epistémica quizás la discusión que lleva siglos, pudiera encararse filosóficamente y remitirla a la opinión de los intelectuales más meritorios de nuestra época. Desgraciadamente no es así.

LA NOCIÓN DE POSVERDAD: DIMENSIONES LINGÜÍSTICA Y PRÁCTICA

La noción de *posverdad* en un mundo “líquido” puede pensarse como el rechazo de verdades universales y ahistóricas, deducidas de la realidad de un mundo matematizable. Y concebirla, en cambio constructivamente como un producto social y cultural que resulta de la interacción de los seres humanos tanto en su dimensión lingüística como práctica.

El problema es que no es este el sentido reivindicado por la política hegemónica en estos tiempos de “neoliberalismo”. Para mantener la denominación última, habrá que admitir que esta última enmascara realmente una especie de populismo de derecha, adepto a la virtualidad de lo fáctico.

Dicho de otra manera, la derecha hegemónica que gobierna en gran parte del mundo y también en nuestro país, cree y defiende la verdad de lo fáctico. Son liberales de mercado, pero profundamente antiliberales en lo que concierne a los derechos fundamentales, las instituciones democráticas o las legitimidades procedimentales.

El electo presidente Trump se pretende un defensor de las viejas tradiciones americanas, pero no le ha costado mentir respecto de la participación de Barak Obama en una maniobra electoral en su contra, cuestión ya decidida por la justicia a favor de este último. Tampoco le cuesta expulsar a multitud de inmigrantes que hace decenas de años contribuyen con la grandeza de su país.

Los mexicanos con los que durante el siglo XX siempre mantuvo EEUU excelentes relaciones, deberán pagar un muro a su costa, en la

frontera, para que una vez expulsados sus connacionales no pretendan volver a entrar; el Juez Moro procesa al ex Presidente Lula porque éste sería propietario de una casa en Guarujá, Lula lo niega pero no hay otras pruebas acerca de lo que afirma el Juez que sus propias afirmaciones.

El líder del golpe institucional contra la Presidenta Rousseff contra la que aún no se han ventilado pruebas de las acusaciones a ella dirigidas, ya está preso por peculado, corrupción, abuso de poder y otros delitos.

El presidente Macri ha procesado o ha dado órdenes a una judicatura en general genuflexa para denunciar a la ex presidenta Kirchner, entre otros cargos peregrinos por haber firmado un convenio con Irán para poder proseguir las actuaciones judiciales a la búsqueda de los asesinos que atentaron contra la Embajada de Israel y contra la AMIA.

De suyo la cosa es sorprendente porque nuestra Constitución encomienda al Presidente de la República el manejo de los asuntos internacionales y ese pacto sólo pretendía establecer responsabilidades criminales de las que habíamos sido víctimas los argentinos. Pero no ya sorprendente sino escandalosa es la circunstancia de que ese convenio fue ratificado por unanimidad por el Parlamento Argentino.

Permanentemente el actual gobierno acusa al anterior de corrupción. Después de dos años hay un solo condenado y había empezado a ser juzgado bastante tiempo antes del cambio de Gobierno. Mientras tanto el Sr. Macri figura como dueño de empresas radicadas en Panamá y denunciadas en el conocido affaire de los “Panamá Papers”, creerse obligado a brindarle al país una explicación, que tampoco le reclaman los medios de prensa. Además, se acaba de descubrir que no ha declarado patrimonialmente la propiedad terrenos cercanos a Bs. As., de 32.000 Ha, en donde se ha construido un club de campo. En fin, esta enumeración podría continuar con ejemplos groseros del Sr. Macron o del Sr. Nigel Farage que luego de ganar la elección del Brexit, negó los slogans de su campaña mediante el sencillo expediente de sostener: “Yo nunca dije eso”.

El apoderamiento malicioso y falso de estos gobiernos para legitimar por la fuerza de los hechos las medidas que adoptan son para ellos una forma de la *posverdad*.

Sin embargo, ello no puede ser caracterizado sino como una manipulación artificiosa y canallesca, llevada a cabo con la complicidad, cuando no bajo la jefatura de los grandes medios masivos de comunicación. No se necesitaba ni siquiera buscar al Sr. Durán Barba para obtener este resultado, bastaba con acordarse del Cnel. Goebbels: “miente, miente, que algo quedará”. Basta evocar, para fundar el aserto, el rol jugado en estos últimos veinte años por conocidos complejos multimediáticos como Clarín, La Nación, La red Globo, El Mercurio, el conglomerado Prisa en España y tantos más.

Pero la discusión que me interesa llevar adelante sobre el concepto de *posverdad*, no es el que concierne a su uso innoble y falsificador. Ya existe para ello el concepto de ideología en su sentido marxista. Me interesa la discusión con los modernos y la reduplicación de ontologías, esencias y cánones científicos. A ello me atenderé en lo sucesivo

POSVERDAD Y POSCIENCIA

En el año 2000 la Editorial Biblos publicó un texto de gran interés, que se denominaba *La posciencia, el conocimiento científico en las postrimerías de la modernidad*, cuya editora y autora de algunos ensayos, fue la muy inteligente y prolífica Prof. Esther Díaz. Tal como aclara en el prólogo los trabajos que reúne, escritos por distintos especialistas, no son coincidentes en todos los casos. Más bien se trata de una saludable mirada pluralista y matizada.

Pero la compiladora no deja de ofrecernos su propio y decidido punto de vista acerca de la verdad desde el propio prólogo: “La verdad – dice – es un producto histórico, surge en los discursos y las prácticas sociales, es cambiante, inmanente, epocal” (Díaz, 2000, p. 10).

Estoy plenamente de acuerdo con esta manifestación y tengo el convencimiento de que la vulgata de la “post verdad” en boca de periodistas y políticos, responde al modo superficial, interesado y muchas veces bastardo, con que trata cualquier información a la vista, desde la desaparición de Santiago Maldonado, hasta el conteo electoral y las manipulaciones estadísticas.

La mayoría de los filósofos modernos fueron influidos en este debate por la tradición que, en lo respecto al tema tratado, conectará a Aristóteles,

quien creía que la estructura del mundo era de naturaleza matemática con Newton, Descartes y los representantes de la Ilustración. Ello derivó en el desarrollo destacado de las ciencias naturales que se unieron al antiguo prestigio y divulgación de las ciencias formales, que ya habían influenciado a la Escuela Clásica del Derecho Natural a través de autores tan importantes como Hobbes, Locke, Rousseau, Kant, Pufendorf, Wolf y otros.

La ciencia moderna, entonces, construye para sí una imagen objetivista. Las leyes de la naturaleza que se describían estaban inscritas en el modo de ser de esta última. El mundo, la realidad exterior guardaban una relación con los sujetos, en la que éstos tenían un rol pasivo. Su consciencia era una especie de espejo que, con la ayuda de los sentidos, les permitía conocer la exterioridad que en el caso de la ciencia, proveía verdades cuidadosamente elaboradas y que operaban en dicha consciencia, como un sistema de representaciones. Esta forma de pensar el conocimiento se denominó, obviamente, “representacionalismo”.

Para finales del siglo XIX este panorama epistémico relativamente pacífico, adquirió imprevista turbulencia por el lado de la discusión metodológica. Los positivistas, objetivistas, representacionalistas, sostenían un punto de vista monológico. Es decir, creían en la unicidad del método. Un método para las ciencias formales, el axiomático; un método para las ciencias fácticas cualquiera fuera su especie, que cumpliera las funciones de explicar y predecir los fenómenos del mundo sensible. El modelo predominante fue el conocido método hipotético-deductivo.

Para esta mirada acerca del conocimiento y la verdad, ¿Cuándo un juicio de tipo formal (teorema) como: “el cuadrado de la hipotenusa es igual a la suma del cuadrado de los catetos, en los triángulos rectángulos” podía considerarse verdadero? Respuesta: cuando el enunciado podía derivarse lógicamente de otro teorema previamente demostrado y de los axiomas. En el caso de la geometría euclidiana, que es la del ejemplo, como es muy conocido, los enunciados primitivos denominados axiomas, eran cinco.

Esos enunciados no tenían un valor de verdad era similar al de los teoremas. La verdad de los axiomas, decían antiguamente, se fundaba en su naturaleza autoevidente. Más tarde, en forma más plausible, matemáticos, geómetras y otros cultores de estas disciplinas, propusieron

admitir ciertos enunciados como postulados (axiomas) y operar con ellos con lógicas deductivas de distinta especie. Si los resultados eran útiles y productivos se justificaban por sí mismas las disciplinas formales que ellos constituían.

Un caso interesante, para entender mejor este asunto, es evocar la figura de Nikolai Lobachevsky quien había nacido en Rusia y vivió entre los siglos XVIII y XIX. Este matemático decidió negar el quinto axioma de Euclides (paralelas) y desarrolló una geometría diferente que contribuyó a asentar la noción de triángulos curvos. A partir de sus estudios nacen la geometría espacial y con ella el desarrollo de la navegación aérea.

En lo que respecta a las ciencias fácticas, entre las cuales se hallaban las ciencias naturales, la tradición positivista-objetivista incluyó también a las ciencias sociales. Nos referiremos un poco más adelante a las turbulencias antes aludidas.

Con carácter previo, una breve noticia acerca de cómo se validan los enunciados de este tipo de ciencias. Ellas cumplen su función a través de la observación y la experimentación. Cuando cierto fenómeno observado, se reitera un número de veces estadísticamente apreciable, según el criterio de la comunidad de especialistas concernida, es decir, físicos, químicos, arquitectos, ingenieros, etc. La regularidad apreciada, en caso de ser relevante, puede transformarse en una ley, como por ejemplo “todos los metales se dilatan con el calor”. Es decir, el enunciado se transforma en una hipótesis científica. Entonces ¿es verdadero? La ciencia moderna con Popper a la cabeza y sus más connotados discípulos, responderían: “...provisoriamente”, mientras no surja una experiencia refutatoria, que implique una anomalía en la teoría de la cual la hipótesis forma parte y termine generando una crisis del paradigma y su eventual sustitución por otro. La historia actual de la física ha implicado cambios paradigmáticos de singular importancia.

Porque la capacidad humana para observar y experimentar es finita. Piénsese en una hipótesis más simple. Supóngase que ella sostenga que “todos los elefantes mueren antes de los 100 años”. ¿Se ha experimentado con toda la especie existente? Es muy poco probable. Pero, además, no sabemos cuánto vivieron los elefantes que ya han muerto y mucho menos cuánto vivirán los que no han nacido.

En suma, los axiomas son enunciados cuyo valor de verdad es arbitrario y las hipótesis, conjeturas estadísticas.

No me parece mal que, en el campo de las ciencias descriptas, sean los mencionados aquí superficialmente los mecanismos de validación de nuevas leyes, teoremas o hipótesis. Intento demostrar que es falsa la idea consolidada en el sentido común de nuestros contemporáneos, que la información que nos proveen sean universales, objetivas, definitivas, sólidas, etc. Y que mientras tanto otros conocimientos, en particular los de las ciencias sociales sean narraciones más o menos ingeniosas o aburridas sin respaldo serio. Lo cierto es las tradicionales perspectivas objetivistas son menos sólidas de lo que por siglos se nos propuso y que el representacionalismo y sus criterios de verdad carecen ya de su antigua fuerza, en el sofisticado debate de actualidad.

Como había mencionado antes, el monismo metodológico sufrió fuerte impugnación desde fines del siglo XIX por importantes autores, que sostuvieron que ciencias naturales no podían homologarse con las ciencias sociales; que éstas tienen por objeto explicar la conducta humana; que esta última no puede pesarse, ni medirse. Se trata de entenderla, de comprenderla. Nace así otra corriente epistemológica que dio en llamarse “comprehensivismo”. Algunos positivistas como John Dray o Elizabeth Anscombe la integraron, junto con pensadores post kantianos o post hegelianos, entre ellos Wilhelm Dilthey, Max Weber, Alfred Schütz, Peter Winch, a los que deben sumarse a los hermenéuticos como Gadamer, Ricoeur o Davidson. El positivismo y el comprensivismo discutieron durante buena parte del siglo XX. Un ejemplo destacado de las apasionadas o ilustradas polémicas de aquel momento fue expresado en un texto muy leído, que se llamó “La disputa del positivismo en la sociología alemana” K. Popper, H. Albert y otros discípulos representaron el pensamiento positivista; T. W. Adorno, Jürgen Habermas y otros el pensamiento comprensivista, en ese debate.

Por otra parte, a mediados de los años 60, el rechazo al objetivismo y al positivismo se vio reforzado por la emergencia de una epistemología constructivista. Así la denomina por ejemplo Ernest Von Glasersfeld, en su ensayo “La construcción del conocimiento” texto publicado en un libro colectivo que reunió a lo más granado de la intelectualidad científica del

siglo XX y que se realizó en Bs. As., sin que trascendiera como merecía. Las ponencias presentadas, junto con la que he citado se publicaron con el título de *Nuevos paradigmas. Cultura y subjetividad* (Schnitman, 1994).

Escribieron enjundiosos ensayos en ese libro autores como Prigogine, Morin, Von Foester, Guattari, W. Barnett Pearce y otros. La obra fue dirigida por Dora F. Schnitman.

A esta nueva perspectiva pueden sumarse los nombres de Varela y Maturana, Teubner y de manera principal la importante figura de Nicklas Luhmann, fallecido hace unos años, pero que ha dejado como legado intelectual una obra caudalosa, compleja y exhaustiva sobre la teoría de los sistemas sociales.

¿Cuál es el núcleo de lo que sostienen estos autores y muchos otros no mencionados aquí, en función de la naturaleza divulgatoria de este trabajo?

La idea central consiste en afirmar que el mundo exterior no es pura objetividad; que toda externalidad se define no sólo por su materialidad, sino también por su sentido y que éste se construye socialmente en el seno del discurso y de la comunicación, en el marco de una cierta cultura.

La ontología de los fenómenos que apreciamos en el mundo externo remite a un entramado lingüístico. Si pensáramos el monumento a la bandera erigido en las barrancas del Paraná como pura externalidad, veríamos una cierta combinación de hierro, cemento y trapo. Pero no es eso lo que vemos, sino un símbolo majestuoso de heroicas luchas por la independencia de nuestra patria. Esto último es sentido, es decir, intersubjetividad comunicativa en acción.

Hay que agregar a este dato la presencia determinante del observador. Para la tradición sistémica la realidad se presenta de manera, variopinta, desordenada y caótica. Los seres humanos solo pueden lidiar con ella estableciendo distinciones: abajo/arriba; izquierda/derecha; animal/vegetal. Cada distinción deja de considerar un sinnúmero de elementos de la realidad. Esos elementos no se pierden, quedan disponibles como reserva de sentido, para nuevas distinciones. Cuanto más precisas y más finas sean las cuadrículas de nuestras distinciones, más amplio y profundo será nuestro conocimiento.

Volvamos al observador y a los datos subjetivos del saber. Un observador ve de la realidad aquello que se ofrece a la perspectiva desde la cual observa. Él no puede aprehender el objeto como totalidad, sino sólo un resquicio, una porción de su realidad. Para aprehender otra porción, debe cambiar su perspectiva de observación, pero cuando lo hace pierde la que antes poseía. En suma, el observador sólo puede adquirir del objeto visiones parciales. Para apropiarse de él como totalidad, necesita de un acto de abstracción mediante el cual su conciencia reúna las perspectivas parciales y las reconstruya como totalidad. Para decirlo de otra manera no hay realidad, sin un proceso complejo de la subjetividad.

Otro ejemplo: un par de amigos pasean hasta llegar a los lindes de un abigarrado conjunto de árboles. Uno le dice al otro “qué lindo bosque” y el otro, experto fitogeógrafo, le contesta “muy bello, veo allí pinos, acacias, olmos, sauces...” la enumeración continua. Moraleja: los amigos han visto realidades distintas. La conclusión es que no se trata solo de mirar, sino de las distintas posiciones de los sujetos que miran: posiciones físicas, intelectuales, cognitivas y hasta ideológicas.

Por otra parte, la ciencia no es un saber inefable. Un enunciado que pretende ser de naturaleza científica debe ser comunicable, debe ser transmitido a una comunidad especializada de oyentes. Aquí se nos presenta otro problema. La comunicación es un proceso complejo y relativamente incierto. Al contrario de lo defendido por positivistas y objetivistas, no basta con hacer una lectura mecánica de un texto y luego aplicar algunas inferencias para utilizar las consecuencias lógicas de ese texto, a efectos de resolver un caso, dirimir una contienda, etc.

Ese concepto fue pulverizado por el desarrollo de la semiótica contemporánea y otras disciplinas. Dice Clifford Geertz (1989, p. 147): “Contar las cosas tal como son resulta un eslogan no mucho más adecuado para la etnografía que para la filosofía después de Wittgenstein (o Gadamer), para la historia después de Collingwood (o Ricoeur), para la literatura después de Auerbach (o Barthes), para la pintura después de Gombrich (o Goodman), para la política después de Foucault (o Skinner) o para la física después de Khun (o Hesse)”.

Y sostiene Habermas en *Verdad y justificación*: Desde el punto de vista pragmatista el proceso de conocimiento se presenta como una conducta inteligente que selecciona problemas, posibilita procesos de aprendizaje, corrige errores e invalida objeciones. La función representativa del lenguaje solamente sugiere la imagen engañosa de un pensamiento que se representa a los objetos o hechos cuando se la separa de este contexto de justificaciones discursivas y de experiencias referidas a la acción. El “espejo de la naturaleza”, es decir la representación de la realidad es el modelo falso de conocimiento porque la relación binaria entre la imagen y lo representado por ella – y la relación estática entre enunciado y estado de cosas – oculta la dinámica de incremento del saber que se produce mediante la solución de problemas y el proceso de justificación” (2002, p. 36).

Decía más arriba que la comunicación era un proceso difícil y azaroso y que siendo el conocimiento científico un corpus no inefable, reclama para su aceptabilidad de comunicación. La semiótica del discurso se ha ocupado detenidamente de ese problema. Por ello, los estudios del discurso han resultado de enorme interés para las ciencias sociales contemporáneas y aunque reconstruir una noción precisa, resulte una empresa compleja por la extrema multivocidad del término, es posible desde una perspectiva digamos “técnica”, entender al discurso como un acontecimiento comunicacional, interacción verbal o proceso social de producción de sentido. Se trata del análisis de quién utiliza el lenguaje, cómo lo utiliza, para qué y cuándo, de modo de poder formular una teoría sobre las relaciones entre el uso del lenguaje y las creencias, en el marco de la interacción social.

Con ese alcance, abarca los textos tanto escritos como hablados y estudia fenómenos de homóloga interlocución, tanto en los primeros como en los segundos, puesto que el lenguaje escrito tiene también destinatarios/receptores, cuyo papel dista de ser pasivo en la constitución del sentido, como tampoco lo es el conjunto de circunstancias y situaciones que rodean al acto de recepción. Luego, puede afirmarse que la teoría del discurso comprende la comunicación verbal, los textos y los contextos.

Desde un punto de vista estructural el discurso consiste en una secuencia proposicional, dispuesta en un cierto orden. Gestos, movimientos, posturas, volumen elocucional, completan el sentido de la

interacción verbal; cuando la interacción es textual, la intertextualidad y la contextualidad, cumplen igual misión. Finalmente el sentido alude siempre a ciertas representaciones semánticas.

Algunos autores, como Herbert Grice, destacan que la comunicación demanda cooperación; por parte del emisor, administrando de manera adecuada la cantidad de información, la cadencia y la forma en que es transmitida, por el lado del receptor con disposición para la escucha. Cuando el proceso falla, el sentido queda finalmente constituido por operaciones del polo receptivo, a partir de lo que el autor denomina implicaturas, para distinguirlas de las implicaciones lógicas; las primeras son interpretaciones basadas en mensajes no satisfactorios y por tanto reconstructivas de su sentido. En esta tesis, como en las de Wolfgang Iser, se pone énfasis en la estética de la recepción como dato constitutivo del mensaje, privilegiándose de tal modo el papel del receptor/lector en la concreción del sentido.

El análisis del discurso atiende, además de las reglas semánticas y sintácticas, las formas, deliberadas o no, con las que los usuarios se comunican a través de procesos estratégicos. Las representaciones mentales que provienen de la lectura de un texto o de la escucha, no constituyen reproducciones mentales mecánicas, esto es, no copian sentidos portados en los mensajes, sino que deconstruyen y reconstruyen sentido, utilizando elementos conversacionales, textuales y contextuales, conjuntamente con el conjunto de creencias que los usuarios ya poseen antes de iniciar la comunicación. Y así como el contexto influye en el discurso, éste puede modificar el contexto. Como explica con acierto Teun A. Van Dijk, cuyas ideas parafraseamos, “[...] en todos los niveles del discurso encontramos ‘huellas’ de un contexto en el que las características sociales de los participantes desempeñan un papel fundamental, se trate del género, la clase, la filiación étnica, la edad, el origen, la posición u otros rasgos que determinan su pertenencia a un grupo” (2000, p. 46).

CONCLUSIÓN

Para concluir diré que tengo plena conciencia de haberme introducido en un campo del saber especialmente especioso. Que he transitado un camino saturado de riesgos y amenazas. Lo he enfrentado convencido de

que los resultados puede que no sean los que hubiera deseado. De todos modos, lo expuesto me permite darle una interpretación distinta a la que se ha vulgarizado al tratar de *posverdad*. Yo creo que esta denominación renuncia al universalismo, a las verdades definitivas, que ya son ridículas a la luz del modo en que ha evolucionado el conocimiento, al objetivismo, al monismo metodológico, a la homologación entre ciencias naturales y ciencias sociales. Propone, en cambio, una concepción acerca del saber más modesta, más realista, que vincula el mundo exterior con el intramundo y que se concibe como el resultado de la comunicación y la interlocución humanas. Es decir como un fenómeno social.

REFERENCIAS

- ADORNO, Th. W. *et al. La disputa del positivismo en la sociología alemana*. Trad. de Jacobo Muñoz. Barcelona; México: Ediciones Grijalbo, 1973.
- DÍAZ, Esther (Ed.). *La posciencia: el conocimiento científico en las postrimerías de la modernidad*. Buenos Aires: Biblios, 2000.
- GEERTZ, Clifford. *El antropólogo como autor*. Barcelona: Paidós, 1989.
- HABERMAS, Jürgen. *Verdad y justificación*. Madrid: Trotta, 2002.
- SCHNITMAN, Dora Fried (Ed.). *Nuevos paradigmas: cultura y subjetividad*. Buenos Aires: Paidós, 1994.
- VAN DIJK, Teun A. El estudio del discurso. In: VAN DIJK, Teun A. (Comp.). *El discurso como estructura y proceso: estudios sobre el discurso, I; una introducción multidisciplinaria*. Barcelona: Gedisa, 2000. p. 21-65.

Lengua original: Español
Recibido: 30/12/17
Aceptado: 10/01/18